

## Palabras de agradecimiento

Agradezco esta distinción con una frase que no por reiterada es menos significativa. Digo que la recibo en nombre de la poesía. Por lo común, la poesía no recibe honores, pero –como en este caso- los propicia. Es justo, entonces, que la celebración sea un reconocimiento a su condición indagadora y revitalizadora del lenguaje, a su capacidad de entronizar un pensamiento alternativo, una mirada crítica, una corriente de aire fresco en la vida pública y privada.

Cuando Ezra Pound escribe en sus *Cantos* que “con usura ningún hombre puede tener casa con buenos cimientos”, “con usura la lana no llega al mercado, la oveja nada vale con usura”, nos está hablando de la poesía desde un perfil ético. Cuando René Char nos dice que en su país (habla de la Provence francesa) “no se hacen preguntas a un hombre conmovido”, y que “Las tiernas pruebas de la primavera son preferidas a los fines lejanos”, nos señala un estado primordial de la inocencia. Cuando el maestro pide a sus discípulos que lean poesía para asumir el presente, está apelando al lenguaje en su condición más libre.

La poesía es “palabra en el tiempo” –esto fue señalado por Antonio Machado-, pero también es “palabra en el espacio”, porque a sus tradicionales funciones de *cantar*, *contar* y *dramatizar* se ha unido –a partir de Mallarmé y del verso “libre”- la experiencia de *componer* el poema en el espacio de la página en blanco. Vale decir, la acción de quebrar las líneas con cierta osadía, aislando o encabalgando las palabras, a fin de que, por encima de su carácter semántico, también expresen el énfasis de su materialidad como cosa, grafía, mundo.

Bien se ha expresado que la poesía es un lenguaje en estado especial: un lenguaje dentro del lenguaje. Anterior a la narrativa, al ensayo, a la ciencia, a la dramática, a la filosofía, sólo la música le es contemporánea. Podríamos decir que son primas hermanas. Despojada de los lugares comunes de la normativa, la poesía no es práctica ni utilitaria. Pero es necesaria. Hace pie en las preguntas simples y no tan simples de una criatura que se sabe sólo humana. De tal forma, cumple su papel de ser *la otra voz*, última red, espejo, testimonio y reserva de sentido y sonido.

Desterramos la palabra “hooby”, rechazamos la vulgar expresión "cable a tierra", borramos toda connotación de "pasatiempo" para aludir a su quehacer, y entronizamos las palabras *labor* (trabajo) y *versus, versura* (cada una de las huellas que deja el arado al girar sobre el surco). Esto es: trabajo, oficio y elaboración del verso. A partir de esta variante, asumimos no que somos escritores porque escribimos, sino que escribimos porque somos escritores.

Esto suele convertir a la poesía en una actividad solitaria, ya que al desajuste con el mundo que al poeta lo lleva a escribir le siguen largas horas de elaboración de lo escrito, y muchas otras horas a la espera de un lector que la mayoría de las veces no llega. Pero también es una disciplina solidaria: devuelve con creces lo que le damos. Nos devuelve la experiencia del tiempo condensada en obras, la primera de las cuales es la propia persona.

En forma creciente la poesía ha perdido espacio en los periódicos, lugar en los salones, y el protagonismo que supo tener está acotado a los recitales convocados por los propios poetas. Pero ha definido su perfil. Ya no tiene que portar noticias como en la antigüedad homérica, no le concierne distraer al público como a los juglares del medioevo, ni idealizar el amor como lo hicieron los románticos. Tampoco se ve obligada a sobreabundar en expresiones herméticas para burlar al censor, pues el censor no sabe de literatura y de ordinario lee mal.

Hecha de prioritarios valores sonoros y semánticos (sabemos que teorías, ideas y lamentos son patrimonio de todo el mundo), la poesía es de las artes la que está mejor dotada para afrontar este mundo cambiante. Con palabras que fundan imágenes y con imágenes que alimentan la realidad, abre los ojos a una nueva trascendencia a espaldas del nihilismo. Hoy lo fragmentario, lo casual, las proposiciones de la *posverdad* (tan deshonestas como mentirosas), el consumo desenfrenado a espaldas de la necesidad, han tomado el lugar de los antiguos dioses y es la poesía la que tiene curiosidad para vérselas con ello.

El físico Stephen Hawking nos alertó sobre los peligros del calentamiento global y los efectos no queridos de la inteligencia artificial, que puede convertirnos en vasallos de poderes incontrolables, y deslizó que si no corregimos estos excesos en sólo cien años

tendremos que abandonar la tierra. Esto produce congoja y no poca incertidumbre, pero es una frontera que la poesía no desconoce. Talas indiscriminadas, incendios de bosques, la aniquilación de la vida rural, la pérdida de los lenguajes familiares, son escenarios que para ella no pasan desapercibidos. La poesía siempre supo que nuestro planeta es un arca frágil y que nosotros somos huéspedes y pasajeros. De esa percepción nace la mirada hospitalaria que suele darnos.

En este escenario móvil vemos que las otras artes beben de la poesía. La fotografía, el cine, la novela, el teatro, la publicidad, los discursos políticos, la retórica de la comunicación de masas, toman de ella sus rasgos esenciales (*intensidad, concentración y velocidad*), los que, a su vez, las remiten a su capacidad para expresar una multiplicidad de sentidos con pocas palabras. En un mundo ansioso de *verdad, sentido y belleza*, la poesía tiene las herramientas para ponerlo de manifiesto mediante figuras de estilo.

La poesía se renueva constantemente: es su principal signo de vitalidad. Días atrás, un escritor joven me dijo que un poema mío cuyo título es “Arras: lo que dimos” le había inspirado un poema suyo. Que la rareza de la palabra “arras” (que significa prenda, dote, donación) lo había incitado a escribir su página. Le contesté que ese es el camino, que la poesía es una exploración que deviene en conocimiento. El poeta conoce explorando en lo distinto, tanto como apartándose de la versión adocenada de las cosas. Y así la poesía ensancha el campo de lo real, exponiendo lo callado e indecible.

Se ha dicho que el lenguaje *nos habla*. Los poetas son los primeros en experimentarlo. El poema dice lo que las palabras secretamente contienen; aquello que, liberadas de la razón y la costumbre, se dicen entre ellas. La poesía dice lo que somos. Pero no dice más de lo mismo. Su principal función es *decir lo otro*. Ni representar ni pontificar ni sentenciar, sino organizar la experiencia y dar forma a lo que no podíamos enunciar.

La poesía no es música, pero es musical; no es ciencia, pero está animada por la curiosidad de la ciencia. Es una consagración de la forma y, como tal, es creadora de realidad. A su vez, como disciplina de la vida interior, pone en marcha una ecología de la mente a partir de nuestra repetición en voz alta de los viejos poemas de la

humanidad. Y es, al cabo, una escuela de humildad. Nos acostumbra a la *espera* de la palabra que falta y a la *escucha* de la que se abre paso como una epifanía.

Tiempo atrás conversaba con un poeta amigo y coincidimos en señalar que la poesía nos ha dado un círculo de amistades que constituye casi una familia; nos ha proporcionado un orden para realizar nuestras lecturas e impulsado a viajar por países y regiones (¡cuántas veces detrás de los pasos de escritores admirados!); nos ha dado un lenguaje ejercitado en evitar el cliché, la frase hecha, los lugares comunes de la arrolladora cultura de masas. Nos ha contagiado el gusto por la libertad y, de su mano, la capacidad para expresar con imágenes propias el apasionante *estar* en el mundo.

Y ahora se suman ustedes, directivos del “Instituto Literario y Cultural Hispánico” de Indiana University, Estados Unidos de Norteamérica -generosa institución-, distinguiendo todo esto que para mí no ha sido más que un modo de sentir y presentir y de dar forma a un pensamiento desinteresado. Gracias, muchas gracias.

**Rafael Felipe Oteríño**